

no lo quiere sacrificar, quiere simplemente suspenderlo del tiempo y del lugar— las condiciones de la acción, de la vida. Suspenderlo para siempre en la gruta.

Al ser humano le caben muchos tipos de sueños. Unos afectan a lo que puede ser y aún no es. Dibujan horizontes, inician escaleras de las que sólo se presiente el final. Sueños que reencantan la vida, que la nutren. Sueños excelentes que mueven a la acción aunque parezca la meta inalcanzable. Otros, en cambio, paralizan y hechizan. Son propiamente letargos. Uno de ellos le aconteció a Ulises en la gruta de Calipso.

Narcisos

¿Significan los mitos, algunos mitos? En lo mítico encuentra acomodo el dictamen del ambiguo Platón respecto a la preeminencia de lo oral sobre lo escrito. Las dudas de Thamus. La comunidad expresiva que no quiere escribir.

Cuando el mito explica el origen de una planta, de un animal; cuando en lo más bajo de la alegoría nos ilustra alguna receta moral, lo mítico se está agotando en sus últimos escalones. Ya está definitivamente con nosotros y la *ratio* de todos los tiempos le sonríe con indulgencia.

Pero algunos mitos no han descendido tanto, al menos en ciertos aspectos. Escapan al control de la racionalidad, soportan o conllevan una sobrecarga de sentido. Se muestra tanto como se ocultan. ¿Señalan más que dicen, como apuntaba Heráclito? El análisis no les pertenece. Paradójicamente es la sobrecarga de sentido lo que les hace mudos, enigmáticos. Es el caso, entre otros, del mito de Narciso.

Su testimonio escrito nos viene fundamentalmente de Ovidio; no hay que esperar demasiado del autor de *Cosméticas*. El sol de lo mítico ya se había puesto en Roma. De la oscuridad, de la tiniebla órfica y neopitagórica sabemos poco y no precisamente por Ovidio.

Para el autor de las *Metamorfosis*, Narciso es un mito sobre el amor; sobre la inútil y peligrosa resistencia al amor. Ya lo sabemos. Narciso, un hermoso joven, hijo del dios del Cefiso y la ninfa Liríopa se resiste al amor. Rechaza despóticamente a jóvenes y ninfas. También a Eco. Le alcanza, pues, la maldición de Némesis y contemplando su imagen en una fuente queda paralizado por su belleza. Muere de amor a sí.

Hasta en la fría corriente de la Estigia, puntualiza Ovidio, proseguía con su febril autocontemplación.

Ya estaba el mito exhausto. Poco le costó a Freud añadir una pieza más a la maquinaria psicoanalítica: el narcisismo primario.

Sin embargo, algunos detalles insinúan otros sentidos. Fue un grupo de narcisos lo que Perséfone arrancó –según narra el *Himno a Deméter*– y en su hueco tremendo, Hades, el dios de la tiniebla, apareció para secuestrarla.

El rapto de Perséfone se sitúa en Nisa; hay varias Nisas míticas dedicadas a Dionisos. Y es la versión soteriológica de Dionisos, Iacco, lo que gritaban los iniciados camino de Eleusis. No hay duda de la simbiosis Hades-Dionisos. Vida y muerte se abren paso entre la narcosis y la *epopteia*. Entre el narciso y la visión.

Mediado por el narciso, aparece un verso delirante, dionisiaco; un fuera de sí enaltecido. ¿No es la visión el extremo de la iniciación?

Narciso. La visión, el espejo, la luz y la imagen. El reflejo.

El Dionisos de los misterios eleusinos aparece a veces con un espejo. A ese espejo se refiere Plotino para narrar el extravío del alma y la relación luz-imagen: «Pero las almas de los hombres, al ver sus respectivas imágenes cual en el espejo de Dioniso, se adentraban en ellas lanzándose desde lo alto, pero sin que ni aun ellas se desconectasen de su propio principio...» (En. IV, 3, 12, vers. J. Igal).

Tanto el neoplatonismo como los *Hermética* y los textos gnósticos necesitan de la luz y su reflejo para explicar el mundo y la vida. La luz se refleja en la materia ya sea para rescatarla ya para explicar el encarcelamiento de ésta en la negrura material.

La luz, el reflejo y el deseo.

Los prolegómenos están en los versos de Juan de la Cruz:

¡Oh, cristalina fuente,
si en esos tus semblantes plateados
formases de repente
los ojos deseados
que tengo en mis entrañas dibujados!

¿Qué ve Narciso?, ¿qué ve el alma?. Plotino es el único que habla de lo que realmente no puede hablarse:

«Pues bien, al verse uno mismo en el momento mismo de la visión, se verá a sí mismo –o mejor, se encontrará consigo mismo y se sentirá a sí mismo– tal como decíamos. Pero bien puede ser que ni siquiera

habría que decir «verá». Y el objeto mismo (si es que hay que hablar de «vidente» y de «visto» como de dos cosas, y no ¡audacia es decirlo! de ambas como de una sola cosa; pues bien, en aquel momento, el objeto visto no lo ve el vidente ni lo discierne, ni se representa dos cosas, sino que, como transformado en otro y no siendo él mismo ni de sí mismo, es anexionado a aquél, y hecho pertenencia de aquél, es una sola cosa con él, como quien hace coincidir centro con centro.» (En. VI, 6, 9, ibidem).

El instante de la visión plotiniana es también el instante de la poesía. Mas allá del tiempo, terrenos inaccesibles a la razón. No revelan otra cosa los versos de sufí Hallâj:

Con el ojo del corazón vi a mi Señor
y le dije: ¿quién eres tú? Y el me respondió:
¡Tú...!

Se revelaría, por tanto, el mito de Narciso como un misterio cifrado de la iniciación. Y quizás por eso el Narciso de Ovidio continuaba mirándose aun en la Estigia. Así lo lee –me parece– José Ángel Valente.



Casa-Museo Pardo Bazán, La Coruña. Sala de tertulias